

«Erling Kagge es un aventurero
filosófico, o quizá un filósofo
aventurero.»

The New York Times

ERLING KAGGE

CAMINAR

Las ventajas de descubrir
el mundo a pie

taurus





© Klara Lidén (sin título, pintura para carteles, 2010). Cortesía de Lidén og Galerie Neu.

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Gracias a mi madre y a mi padre, que me llevaron de excursión,
y a Ingrid, Solveig y Nor.*

*Caminas. No siempre te das cuenta,
pero siempre caes.
Con cada paso caes un poco hacia delante.
Entonces adviertes que caes.*

Laurie Anderson, «Walking and falling»

I

Un día mi abuela ya no pudo andar.

Ese día murió. Físicamente vivió un poco más, pero las prótesis que le habían puesto para sustituir a sus viejas rodillas terminaron por desgastarse y ya no soportaban el peso de su cuerpo. Tumbada en la cama perdió la fuerza muscular.

Su sistema digestivo falló. Su corazón latía más despacio y respiraba con dificultad. Los pulmones absorbían cada vez menos oxígeno. En sus últimos momentos jadeaba en busca de aire.

En aquel tiempo yo vivía con dos de mis hijas. La más joven, Solveig, apenas contaba trece meses. Mientras su bisabuela se encogía despacio y adoptaba una posición fetal, Solveig sintió que había llegado la hora de aprender a andar. Al levantar los brazos por encima de la cabeza y agarrarse a mis dedos, era capaz de avanzar a trompicones por el salón. Cada vez que Solveig se soltaba e intentaba dar unos pasos sola, descubría qué era arriba y abajo, la diferencia entre largo y corto. Cuando tropezaba y se golpeaba la frente con la esquina de la mesa del salón, notaba que algunas cosas están duras y otras blandas. Puede que empezar a andar sea lo más peligroso que tengas que hacer en tu vida.

Con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, pronto fue capaz de recorrer el salón ella sola. Insegura, daba pasos cortos y sin ninguna coordinación. Las primeras veces que la observé, me llamó la atención su modo de separar los dedos de los pies. Parecían querer agarrarse al suelo del salón. «El pie del niño aún no sabe que es pie, y

quiere ser mariposa o manzana», así empieza el poema de Pablo Neruda «Al pie desde su niño».

De pronto, con paso algo más seguro, salió por la puerta abierta hacia el jardín. Entonces sus pies ya no solo mantenían contacto con el suelo, sino con la superficie de la Tierra. Hierba, piedras, tierra y, enseguida, asfalto.

Al caminar expresaba mejor un poco de su personalidad, de su carácter, de su curiosidad y de su fuerza de voluntad. Puede que me equivoque, pero cuando veo a un niño aprender a andar, estoy aún más seguro de que la satisfacción de descubrir y de controlar es la fuerza más poderosa que existe. Poner un pie delante del otro, tantear, pasarse de la raya, forma parte de nuestra naturaleza. Explorar no es algo que empecemos a hacer, sino que es algo que dejamos de hacer.

Cuando mi abuela nació en Lillehammer, noventa y tres años antes que Solveig, mis antepasados todavía se servían de las piernas para desplazarse de un lugar a otro. Si mi abuela quería ir lejos, podía coger el tren, pero no tenía muchos motivos para alejarse de Lillehammer. Al contrario, el mundo acudía a ella. Durante su juventud llegaron a Oppland coches, bicicletas y aviones fabricados en serie. La abuela me contó que el abuelo le había pedido que fuera con él a Mjøsa para contemplar juntos un avión. Lo describía todo tan entusiasmada que cualquiera diría que hacía muy poco que había ocurrido. El cielo ya no estaba reservado para los pájaros y para los ángeles.

El *Homo sapiens* siempre ha caminado. Desde que hace setenta mil años nuestros ancestros partieran del este de África, nuestra historia ha girado en torno al hecho de andar. El *bipedismo*, caminar sobre dos piernas, sentó las bases de lo que somos hoy. Nuestra especie cruzó la península de Arabia, continuó a pie camino del Himalaya y se extendió hacia el este, a través de Asia, por el estrecho de Bering, y a través de América, o hacia el sur, hasta Australia.

Otros caminaron hacia el oeste y llegaron a Europa, y por fin hasta arriba del todo, hasta Noruega. Estos primeros humanos eran capaces de ir muy lejos a pie, de emplear nuevos métodos de caza en zonas más extensas y de tener más experiencias. Esta manera de vivir hizo que su cerebro se desarrollara más deprisa que el de cualquier otro ser. Primero caminamos, más adelante aprendimos a encender el fuego y a cocinar los alimentos, y después desarrollamos el lenguaje.

Las lenguas que los seres humanos crearon constituyen el reflejo de que la vida no es más que un largo recorrido a pie. En sánscrito, cuyo origen se encuentra en la India y es una de las lenguas más antiguas, se utiliza la palabra *gata* para aludir al pasado, «lo que hemos caminado», y *anagata*, «aquello a lo que aún no hemos llegado», para referirse al futuro. *Gata* está emparentado lingüísticamente con el noruego *gått* (caminado). En sánscrito el presente se expresa de una forma tan natural como «lo que ocurre ante nosotros», *prayutpanna*.

He dado innumerables paseos.

Paseos breves, largas caminatas. He salido andando de ciudades y he entrado caminando en ellas. He andado de día y de noche, he dejado atrás amores y me he acercado a ver a amigos. He caminado por bosques y montañas, sobre mesetas heladas y sobre yermos creados por los seres humanos. He caminado y me he aburrido, he andado para escapar de la ansiedad. He caminado con dolor, he andado feliz; pero, sin importar dónde, ni por qué, he caminado y caminado. He ido, literalmente, hasta el fin del mundo.

Todos los recorridos son diferentes, pero cuando miro atrás, descubro un rasgo que comparten todas mis caminatas: un silencio interior. El andar y el silencio van unidos. El silencio es abstracto; caminar, algo concreto.

Hasta que creé una familia, tuve un hogar y un trabajo, nunca me pregunté por qué resultaba tan importante andar.

Sin embargo los niños y las niñas querían una respuesta: ¿por qué tenemos que caminar cuando se llega antes en coche? También los adultos con los que hablaba solían preguntarse lo mismo: ¿qué sentido tiene desplazarse despacio de un lugar a otro?

Hasta ahora he intentado ofrecer la típica respuesta, aquella a la que uno recurre porque es rápida, es decir, lo contrario de la propia esencia de caminar, que es la lentitud: afirmo que quien camina, vive más. La memoria mejora, la presión sanguínea se reduce, se enferma con mucha menor frecuencia. Sin embargo, cada vez que repetía esto sabía que solo era cierto en parte. Ni que decir tiene que andar supera cualquier lista de efectos beneficiosos que podrías leer en un anuncio de vitaminas. Así pues, ¿qué falta?

¿Por qué caminamos? ¿De dónde partimos y hacia dónde nos dirigimos?

Creo que todos tenemos nuestra propia respuesta. Aunque tú y yo paseemos juntos, nuestras experiencias siempre serán diferentes.

Después de calzarnos y de dejar que los pensamientos vaguen, estoy seguro de algo: poner un pie delante del otro es uno de los actos más importantes que realizamos.

Así que: caminemos.



© Raffaello Pellizon.

||

Caminar procura una sensación de libertad. Es lo contrario de «más deprisa, más alto, más fuerte».

Cuando camino, todo se mueve más despacio, da la impresión de que el mundo es más blando y, por un breve lapso de tiempo, no vivo para las ocupaciones diarias, como recoger la casa, las reuniones de trabajo y la lectura de manuscritos. Caminar es un «área de descanso». Los comentarios de mi familia, de mis colegas y de mis amigos, las expectativas y el estado de ánimo parecen perder importancia durante treinta minutos o durante unas horas. Puedo sentir que estoy centrado en mi propia vida, y al poco tiempo olvidarme por completo de mí mismo.

Existe un consenso generalizado en pensar que ahorras tiempo si empleas dos horas en desplazarte de un lugar a otro en vez de cuatro u ocho. Sí, matemáticamente resultaría correcto, pero, en mi experiencia, sucede lo contrario: el tiempo pasa más deprisa cuando intensifico el ritmo. Mi velocidad y el tiempo se aceleran al mismo tiempo. Como si una hora durara menos que una hora de reloj. Cuando me apresuro, apenas si puedo darme cuenta de nada.

Cuando conduces tu coche hacia una montaña y dejas que las pequeñas lagunas, las laderas, las rocas, el musgo y los árboles pasen zumbando a tu lado, la vida se acorta. No sientes el viento, ni los olores, ni el clima, ni los cambios de luz. Los pies no duelen. Todo se mezcla.

No solo se reduce el tiempo cuando se intensifica el ritmo, también el sentido del espacio. De repente te encuentras al pie de una montaña. La experiencia de la distancia se

desvanece. Al llegar a tu destino puede que creas que has tenido muchas sensaciones. Sin embargo, lo dudo.

Si caminas esa misma ruta, tardas un día en lugar de media hora, respiras con más calma, escuchas, sientes la tierra bajo tus pies, el día cambia por completo.

Poco a poco la montaña crece y sientes que tu entorno se expande.

Conocer todo lo que te rodea requiere tiempo. Es como cimentar una amistad. Esa montaña que allí, frente a ti, se transforma despacio a medida que te aproximas, se convierte en una especie de amigo a medida que te acercas. Tus ojos, tus oídos, tu nariz, tus hombros, tu estómago y tus piernas preguntan a la montaña y la montaña responde. El tiempo se expande sin depender de los minutos y las horas.

Aquí reside el gran secreto que todos los caminantes comparten: la vida es más larga cuando andas. Caminar prolonga los instantes.

Con frecuencia me decido por la alternativa más fácil, por la que me quita menos tiempo; la que me resulta más cómoda, más templada. Incluso cuando sé que la otra posibilidad es una elección más sabia. Hay días en que elijo aquello que opone menos resistencia desde que me levanto hasta que me acuesto. Sí, a veces lo hago varios días seguidos. Se trata de un defecto que me tortura.

Optar por la alternativa más incómoda me ha aportado mucho. Desde que puedo recordar, en mi fuero interno siempre ha habitado un diablillo que me aconseja sin parar que escoja lo más cómodo cuando me encuentro en la tesitura de tener que tomar una decisión: andar menos de lo que tenía previsto, cancelar la visita a un enfermo para ir al bar, no levantarme cuando debería. En las etapas de mi vida en las que tengo por costumbre meterme en el coche, es difícil evitarlo. Resulta demasiado agradable, no puedo negarlo.

Seguir de forma regular las instrucciones de esa voz constituye una especie de huida del mundo, en la que se desperdician las posibilidades que la vida nos ofrece. El filósofo